

## Escrito (casi) de memoria: 50 años en Arquitectura\*

Alfredo Cilento Sarli  
IDEC/FAU/UCV

La apostilla es deliberadamente ambigua. Son 50 años alrededor de la arquitectura y 50 años en Arquitectura de la Universidad Central de Venezuela (UCV). Graduado de bachiller en 1952, cuando en 1953 la dictadura perezjimenista reabrió la UCV, comencé mis estudios de arquitectura; aquel año, hace cincuenta, la Escuela de Arquitectura se transformó en Facultad de Arquitectura y Urbanismo (FAU). Su primer Decano fue el Ing. Willy Ossot, quien además era Vicerrector de la Universidad y profesor de Geometría Descriptiva en los dos primeros años de la carrera. Sí, Descriptiva se cursaba durante dos años, para asombro de los estudiantes de arquitectura en los años posteriores, cuando esta crucial materia fue casi eliminada del pensum de estudios. La Facultad comenzó a funcionar en el edificio que hoy ocupa la Escuela de Ingeniería Eléctrica y allí permaneció hasta finales de los cincuenta.

Quienes estudiamos en esos años gozamos del extraordinario privilegio de tener a Carlos Raúl Villanueva de profesor y de estudiar (y casi vivir) en un escenario, hoy Patrimonio de la Humanidad, en pleno proceso de diseño y construcción. La Ciudad Universitaria fue en realidad nuestra gran aula de clases, y decía casi vivir porque entonces no se trabajaba en la casa sino en los talleres de Composición, como se llamaba la materia Diseño. Por lo demás, en mi caso tampoco hubiera podido trabajar en mi casa por las limitaciones de espacio, condiciones y mobiliario.

Por qué escogí la carrera de Arquitectura en lugar de la de Ingeniería que, dado mi rendimiento en el bachillerato parecía más apropiada, tiene que ver con varios hechos. Mi padre era carpintero naval en Nápoles, Italia, fue suboficial durante la Primera Guerra Mundial y luego emigró a América. De Brasil llegó a Venezuela en 1928 y aquí trabajó por muchos años como carpintero ebanista. Fabricaba muebles, puertas y ventanas, y desde niño me familiaricé con su trabajo y los clientes constructores de aquella época. Yo había nacido en Ciudad Bolívar en 1936 y fui traído a Caracas en 1941. Mi padre obtuvo un crédito del Banco Industrial y compró una de las casas pequeñas de San Agustín del Sur, primera urbanización del urbanizador Luis Roche, socio de Juan Bernardo Arismendi, suegro de Carlos Raúl Villanueva, adquirida por el Banco Obrero (fundado en 1928). En la carpintería donde trabajaba mi padre se fabricaron marcos, puertas y closets para las obras de la reurbanización de El Silencio (primer gran proyecto de Villanueva) y para otras obras del Banco Obrero. Entre 1948 y 1952 estudié en el Liceo Andrés Bello, con profesores que marcaron a todos los que fuimos sus discípulos. Entre ellos Edoardo Crema, quien luego sería también docente en la Facultad; Carlos Augusto León, geólogo y poeta; Dionisio López Orihuela, director del Liceo; Augusto Germán Orihuela, Domingo Antonio Colmenares, Rodolfo Loero, entre una pléyade de intelectuales que, entre otras cosas, hablaban de poesía, de béisbol y de Caracas como un paraíso urbano: la sucursal del cielo, pues.

En la Facultad varios profesores sellaron la formación de los arquitectos de mi generación. Obviamente, Villanueva que fue profesor de Composición, de Historia de la Ar-

\* Presentado en las XXII Jornadas de Investigación del IDEC/FAU-UCV, en ocasión de los cincuenta años de fundada la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la UCV.

quitectura y de Urbanismo; Willy Ossot, gran maestro de la Descriptiva; Edoardo Crema, Alonso Pérez Luciani, Cornelis Zitman, fino artista y docente, Carlos Manuel Möller, Roberto Henríquez, Juan Andrés Vegas, Tomás Sanabria, José Miguel Galia, Julio César Volante, Ernesto Fuenmayor, Charles Ventrillon...

De los alumnos de la Facultad de aquellos años admiraba la brillantez de los diseños de Fruto Vivas, Henríque Hernández, Gustavo Legorburu, Mario Benmergui, Américo Faillace, y de Jesús Tenreiro, que era compañero de mi curso. Nunca he olvidado los dibujos de Jesús: planos y perspectivas a mano suelta, con tinta negra y *magic-marker*, verdaderas obras de arte, sólo comparables a las maravillas que salían de las manos de Fruto.

En la Facultad conocí a Leopoldo Martínez Olavarría, un experimentado ingeniero que ya había sido Director-Gerente del Banco Obrero cuando se preparaba para obtener el título de arquitecto. Luego, desde mis años posteriores en el Banco Obrero, sería mi padre putativo profesional y quien me hizo zambullir hasta el presente en la problemática del hábitat.

Mis años de estudiante de bachillerato y arquitectura coincidieron exactamente con los diez años de la dictadura de Pérez Jiménez (quizás en esos años se formó mi enorme fobia a los militares en cargos del gobierno civil); y, aunque parezca mentira, los cinco años que cursé en la UCV han sido los únicos años en que los estudios en una universidad pública venezolana no fueron gratuitos. En 1957, los alumnos del quinto año de la Facultad ganamos el Primer Premio en el III Concurso Internacional para Escuelas de Arquitectura de la IV Bienal de São Paulo, Brasil. Fue el primer premio internacional obtenido por la joven Facultad. El proyecto premiado fue la Comunidad Obrera de Putucal para los trabajadores de las minas de carbón de Naricual.

Durante los años cuarenta y cincuenta los arquitectos venezolanos produjeron una arquitectura seria de muy alta calidad. Para nosotros, Villanueva era el paladín –junto a Oscar Niemeyer– de la arquitectura latinoamericana. El Silencio y la Ciudad Universitaria, así como las Unidades Vecinales del Banco Obrero nos marcaron definitivamente. Quizás por eso mi vida profesional ha transcurrido entre la UCV y los problemas asociados a la vivienda. En Caracas, las obras de los arquitectos –en su mayoría profesores en la Facultad– que más influenciaron nuestro desarrollo, aparte de la obra de Villanueva, fueron las de Vegas y Galia: el Edificio Polar, el de Angloven en Bello Monte y el edificio Municipal en Santa Teresa.

El Hotel Humboldt y el Central de El Palmar de Tomás Sanabria y el resto de los hoteles de la CONAHOTU, entre ellos el Prado Río de Mérida (Julio Volante), el Llano Alto de Barinas (Carpio y Suárez) y el Moruco de Fruto Vivas; el Centro Simón Bolívar de Cipriano Domínguez; el Centro Profesional del Este y el Helicoide de la Roca Tarpeya de Jorge Romero; el Hotel Montserrat de Guinand y Benacerraf en Altamira; las casas de Fruto en Playa Grande y la suya de Los Chorros, así como los paraboloides del Club Táchira con Félix Candela; el edificio Galipán y el Easo (primer edificio de oficinas en propiedad horizontal) de Gustavo Guinand; las construcciones (conchas y paraboloides) de la estación del Teleférico del Avila de Alejandro Pietri y Juancho Otaola. Jorge Romero fue el editor de la primera revista de arquitectura de Venezuela: los 16 números de la *Revista Integral* fueron una joya en los últimos años de la década de los cincuenta.

Juancho Otaola, uno de los más brillantes ingenieros venezolanos de todas las épocas, fue quien con Villanueva introdujo la tecnología del postensado en la Ciudad Universitaria, en los pasillos cubiertos y en la enorme viga central del Aula Magna. Las

obras del arquitecto norteamericano Don Hatch, entre otras, el edificio de la NCR en Bello Monte y el Centro Comercial Las Mercedes. Otro arquitecto extranjero famoso, el italiano Gio Ponti proyectó la Casa Planchart en San Román. Niemeyer dejó en Caracas el anteproyecto del Museo de Arte Moderno, una impresionante pirámide invertida colgada en Colinas de Bello Monte; Fruto y Henríque Hernández fueron sus colaboradores. Después, también Richard Neutra proyectaría la casa de González Gorrondona en El Avila.

La década de los cincuenta nos permitió incorporarnos a la tecnología de la construcción más actualizada del mundo. Empezando por la Ciudad Universitaria, con el uso impecable de lo más avanzado en la tecnología del concreto armado, del concreto a la vista de calidad todavía no igualada, los espectaculares quiebrasoles de Villanueva, los pasillos cubiertos de Otaola, quien también diseñó y construyó con Villanueva la hoy in-construible torre del Reloj de la UCV. Nunca se he usado en Venezuela, y me atrevo a decir en Latinoamérica, el encofrado de madera para producir un concreto a la vista como el de la Ciudad Universitaria: honor a los carpinteros portugueses de la época.

Mención aparte merecen los edificios y «superbloques» del Banco Obrero proyectados en el Taller de Arquitectura del Banco Obrero (TABO) que dirigía Villanueva. El TABO introdujo las primeras estructuras altas y esbeltas en viviendas multifamiliares. Las estructuras de los superbloques, diseñadas siguiendo patrones de alta racionalidad y perfecta modulación, incorporaron criterios de diseño y enfoques poco percibidos hoy en día. Por ejemplo, la concepción de combinación de apartamentos con acceso a los pasillos y de apartamentos con acceso a través de escaleras internas, subiendo o bajando un piso, lo que permitió corredores y ascensores con paradas sólo cada tres pisos, y una efectiva reducción de costos. En el TABO trabajaron, entre otros, Carlos Celis, Carlos Brando, José Manuel Mijares, Guido Bermúdez, quienes luego serían también profesores en la FAU.

La de los cincuenta es también la del inicio de la construcción de las grandes autopistas que causarían asombro en Latinoamérica. Los viaductos de la autopista Caracas-La Guaira serán diseñados por Eugène Freyssinet, uno de los más importantes ingenieros de puentes del mundo e inventor del concreto precomprimido. Freyssinet, Nervi y Morandi son la tríada de hombres que revolucionaron la ingeniería mundial en esos años. Y Morandi también estaría con Otaola en el diseño del puente atirantado sobre el Lago de Maracaibo, para la época uno de los mayores del mundo.

Después de la caída de la dictadura militar perezjimenista en 1958 pude recibir el título de Arquitecto, y en 1959 comencé a trabajar en el Banco Obrero (BO), presidido por el Ing. Luis Lander, en el proyecto de la primera Unidad Vecinal de la futura Ciudad Guayana. Ese proyecto de 1.200 viviendas y sus servicios, desarrollado con Enrique Urdaneta, es hoy Villa Brasil, casi irreconocible por las modificaciones y ampliaciones introducidas por sus ocupantes. Luego, a principios de 1960, con Leopoldo Martínez Olavarría me incorporé a la tarea de organizar la Oficina de Programación y Presupuesto (OPP); Martínez Olavarría, que era asesor de la Junta Administradora del BO, sería encargado de la jefatura de la Oficina y yo Jefe de la División de Programación. A su regreso de Europa se incorporaron Henríque Hernández y Alfredo Roffé, quienes fueron apoyo fundamental cuando en 1961 ocupé la Jefatura de la Oficina. Henríque será el padre de la experiencia de innovación tecnológica más importante desarrollada en Venezuela en el campo de la vivienda, que alcanzó reconocimiento internacional.

El Programa Experimental de Vivienda de San Blas, Valencia, proyectado y ejecutado a partir de 1961, permitió incorporar tecnologías diseñadas conjuntamente entre

profesionales del BO y técnicos de las empresas constructoras privadas participantes. Las innovaciones logradas fueron aplicadas posteriormente en la urbanización La Isabelica (15.000 viviendas en Valencia) y en San Francisco (unas 8.000 viviendas en Maracaibo). La Sección de Diseño en Avance e Investigación (SDAI) a cuyo cargo estuvo el Programa Experimental, adscrita a la OPP, tendría una corta vida, pues con el cambio de gobierno en 1969 fueron desvirtuadas sus funciones y murió al transformarse en Gerencia de Investigación e Información: el fatídico principio del logro del nivel de incompetencia. En la SDAI trabajaron, además de Henríque Hernández, los arquitectos Mariano Goldberg, Carlos Becerra, Mariluz Bascones (†), Jorge Castillo, Alejandro Galbe (†), Mauricio Poler, Carlos Jara, Máximo Rojas, el Ing. Rigoberto Vera, entre otros, contando con la extraordinaria asesoría del Dr. Waclaw Zalewski, quien posteriormente sería también asesor del IDEC.

Es interesante destacar un aspecto común a las dos experiencias en el campo de la arquitectura y la vivienda desarrolladas en el BO entre 1950 y 1968. El TABO desplegó sus actividades mientras el país era gobernado por una dictadura militar, y Diseño en Avance se desarrolló durante los primeros años del advenimiento de la democracia representativa en Venezuela. Sin embargo, rasgos comunes a las dos experiencias fueron la juventud de sus principales actores, el marcado entusiasmo, la mística y la ética profesional desarrollados por los equipos de trabajo, y el profundo respeto y estímulo que las autoridades del Banco Obrero, en ambos lapsos históricos tan distintos, brindaron a sus cuadros profesionales y técnicos. Lamentablemente, todo ese conjunto de valores se fue perdiendo progresivamente en forma dramática.

Las décadas de los sesenta y los setenta marcaron una cierta continuidad en las políticas de obras públicas, urbanismo y vivienda, hasta cuando en 1975 se «asesinó» al Ministerio de Obras Públicas (MOP) y sus institutos adscritos. En efecto, desde 1936 cuando Tomás Pacanins como ministro inició un completo proceso de tecnificación del MOP (fundado en 1874) y su transformación en el primer operador del Estado venezolano, hasta el año de su liquidación, el MOP y sus institutos adscritos (Banco Obrero e Instituto Nacional de Obras Sanitarias-INOS) habían alcanzado óptimos niveles de eficiencia y capacidad técnica, reconocidas ampliamente en el ámbito nacional e internacional. La ambición más cara de los arquitectos e ingenieros venezolanos al graduarse era trabajar en una de esas organizaciones. Era como cursar un posgrado de muy alto nivel, aunque no otorgaran el Título.

Las políticas del Estado, a pesar del cambio de gobierno (la democracia cristiana sustituyó a la socialdemocracia en 1969) y de las manipulaciones políticas sobrevenidas en los contratos de obras públicas, mantuvieron cierta continuidad tanto en los planes de vivienda, de vialidad, de servicios públicos como en el respeto a la competencia profesional de arquitectos e ingenieros. Obras emblemáticas serán las grandes represas del Caroní, los puentes sobre el mismo río, el puente colgante sobre el Orinoco (otra vez Otaola), la terminación del Puente sobre el Lago y su reparación luego del choque de un tanquero, las nuevas autopistas, el inicio de desarrollo del conjunto de Parque Central en Caracas. En el conjunto urbano de Parque Central en Caracas se aplican, por primera vez en Venezuela, tecnologías de edificios muy altos (*tall buildings*). En los edificios de apartamentos se utiliza el sistema francés Ouitinord (mesas deslizantes y encofrados túnel), y en los edificios de oficinas de más de 40 pisos una interesante solución de macroestructura de concreto armado que alberga la «micro estructura» que sostiene los espacios de oficinas, con ascensores y escaleras periféricos a la estructura macro.

En la construcción del puerto de Matanzas, nuevamente Otaola (y su empresa Pre-comprimido C.A.) alcanzarán un espectacular triunfo tecnológico al utilizar gigantes cilindros huecos de concreto (*caissons*), transportados flotando por el río, para construir la enorme pared que soportará el muelle flotante, en un tramo donde el Orinoco sube a veces hasta 17 metros.

En julio de 1967 Caracas sufrió su más reciente terremoto, con una magnitud media de 6,3 grados Richter, y epicentro ubicado a 56 km de la ciudad. No fue un gran terremoto si se recuerda que el de Ciudad de México, de 1985, registró un magnitud de 8,5 grados. Para la fecha del terremoto, Caracas tenía alrededor de 1.900.000 habitantes, de los cuales alrededor de 400.000 (21%) vivían en zonas de ranchos. El sismo no afectó las zonas de ranchos pero sorpresivamente provocó el derrumbe de cuatro edificios en el noreste de la ciudad y daños a 260 edificaciones adicionales. Ahora tanto las zonas de barrios (casi el 50% de los alojamientos de la ciudad) como el resto de la ciudad «formal» son mucho más vulnerables que hace 37 años; y los administradores de la ciudad, ingenieros y arquitectos parecen haber olvidado que Caracas ha sufrido sismos destructivos en junio de 1641, octubre de 1766, marzo de 1812, octubre de 1900 y julio de 1967.

A finales de los sesenta se inició la construcción del Metro de Caracas, retrasada 10 años por las peleas protagónicas entre AD y COPEI, y el presidente Caldera inaugura la estación de Agua Salud sin haber construido ni un kilómetro de vía. Cosas veredes. Sin embargo, la C.A. Metro de Caracas será un raro ejemplo de continuidad administrativa y altísima eficiencia, debido en mayor medida a su presidente por largos años, el Ing. José González Lander, muy apreciado y admirado amigo, lamentablemente fallecido. El Metro es la única obra de ingeniería y arquitectura verdaderamente importante que ha recibido la ciudad a lo largo de decenios de políticas antiurbanas.

Después del proceso de Renovación Académica universitaria de 1970, quienes habíamos trabajado en el BO y éramos docentes en la FAU decidimos trasladar a la Facultad la experiencia de Diseño en Avance. Henrique Hernández, Carlos Becerra y yo iniciamos el proceso de lo que en 1975 el Consejo Nacional de Universidades aprobaría como Instituto de Desarrollo Experimental de la Construcción (IDEC) de la FAU-UCV, y Henrique fue su primer Director. La Maestría en Desarrollo Tecnológico de la Construcción fue aprobada durante mi período como Decano de la Facultad, entre 1984 y 1987. El IDEC obtuvo el Premio Nacional de Desarrollo Tecnológico del CONICIT en 1982 y la institución, sus investigadores y egresados del posgrado han continuado acumulando los mayores reconocimientos y premios por su trabajo investigativo. El otro instituto de investigación y posgrado de la Facultad, el Instituto de Urbanismo, había sido fundado en 1967, y ha desarrollado una labor de enorme importancia en el estudio científico y técnico de los problemas asociados al urbanismo y el transporte urbano.

En 1974, al inicio del gobierno de Carlos Andrés Pérez, como consecuencia de la guerra árabe-israelí (la guerra del Yom Kippur), el precio del barril de petróleo pasó de 3,71 a 10,53 dólares y seguirá subiendo hasta alcanzar los 29,71 dólares. Los efectos de esta intoxicación de divisas sobre la economía venezolana se harán sentir negativamente hasta el presente. El V Plan de la Nación, el último de los planes nacionales claramente formulados y cumplido casi en su totalidad, incluyó inversiones gigantes en Guayana en aluminio, el Plan IV de Sidor, el cambio de patrón de refinación de la industria petrolera, nacionalizaciones del hierro y el petróleo, arranque de operaciones de PDVSA, más

represas y obras de infraestructura agrícola. Pero la Gran Venezuela de Pérez nada logró en términos de mejorar la equidad en la distribución de los fabulosos ingresos petroleros y sirvió la mesa al desastre sobrevenido posteriormente.

El *boom* de ingresos tuvo efectos impactantes sobre la inversión inmobiliaria pues nunca se había construido tanto en Venezuela. Cerca de veinte plantas de prefabricación pesada comenzaron a instalarse en el país. Hasta el Banco de los Trabajadores, organización de la Confederación de Trabajadores de Venezuela (CTV), importó una enorme planta francesa reconstruida que instaló en Charallave y sólo llegó a producir 400 apartamentos, donde hoy el Fondo Nacional de Desarrollo Urbano (Fondur) construye la llamada Ciudad Miranda. Lo que quedó demostrado con esta especie de intoxicación es que más inversiones inmobiliarias no necesariamente mejoran las condiciones de alojamiento y la calidad de vida de la población porque el problema no es sólo financiero, ni siquiera es lo más importante. Sobre este tema yo he hablado y escrito bastante.

Un grave error se cometió cuando Cordiplan (hoy Ministerio de Planificación), con Gumersindo Rodríguez al frente, convenció al alto nivel de gobierno de que el MOP era un «macroministerio», lo que no era cierto, pero sí era una inmensa fuente de poder en la que el ministro y los Jefes de Zonas disponían de más recursos e influencia que los Gobernadores de Estado, nombrados por el propio Presidente; y esto era lo que molestaba a la cúpula del gobierno y del partido. Con aquella errada e interesada opinión, el MOP fue eliminado y sustituido por tres ministerios: Ministerio del Desarrollo Urbano (Mindur), Ministerio del Ambiente y los Recursos Naturales Renovables (Marnr) y Ministerio de Transporte y Comunicaciones (MTC). El Banco Obrero fue transformado en Instituto Nacional de la Vivienda, y el INOS posteriormente desmembrado en empresas hidrológicas regionales. En 1999, Mindur y MTC se fundieron para formar el Ministerio de Infraestructura (Minfra). El resultado, visible aun en la oscuridad, fue que las nuevas instituciones, desde finales de los setenta, establecieron records inalcanzables de ineficiencia, incapacidad e irrespeto a la ética. Muy pocas instituciones públicas se salvaron de la debacle de estos últimos treinta años, magnificada en los últimos cuatro.

En 1978 las naciones del mundo desarrollado comenzaban a ganar la batalla contra la OPEP, reduciendo drásticamente el consumo de petróleo y provocando una caída de los precios que impulsó el inicio del endeudamiento masivo del país para poder mantener, irresponsablemente, un nivel creciente de gastos ineficientes y el poder político. Se inició entonces un indetenible proceso de deterioro de la economía, de creciente inflación y de pérdida de capacidad de compra del salario, con la subsecuente pérdida de calidad de vida y de las expectativas de mejoramiento de la población, en especial de las nuevas generaciones. Pero, para llover sobre mojado, cuando entre 1981 y 1982 Irán e Irak se lanzan a una corta pero sangrienta guerra por el estrecho de Ormuz, el precio del barril de petróleo sube de nuevo a cerca de 30 dólares, y tanto el gobierno como los empresarios se lanzan a una nueva borrachera de gastos.

El resultado será la brutal resaca del viernes negro de febrero de 1983: la eliminación de la libre convertibilidad del bolívar, el establecimiento del control de cambios y la progresiva devaluación que hoy, 20 años después, acumula una depreciación del signo monetario de más de 60.000 %. Entonces, en 1983, se paralizó la construcción de viviendas, el crédito hipotecario de largo plazo y la totalidad de las grandes empresas de prefabricación pesada iniciaron el camino de la muerte por inanición, tal como desaparecieron después del Jurásico todos los grandes dinosaurios. Desde entonces, salvo las

obras del Metro de Caracas, las de las empresas de Guayana y de PDVSA, la ingeniería venezolana se devaluó casi totalmente.

Justo en enero de 1983, Henríque Hernández y yo presentamos una ponencia en un evento de la École des Ponts et Chaussées, celebrado en la UNESCO en París, donde propusimos la creación de un Convenio Nacional de Investigación en Vivienda que posteriormente se transformaría, a la muerte de su epónimo, en Asociación Leopoldo Martínez Olavarría para la Investigación en Vivienda-ALEMO, hoy también en estado preagónico.

Hasta la grave crisis bancaria de 1994 la arquitectura venezolana apenas logró pegarse al manirrotismo derrochador, lleno de ilegalidades, de banqueros y empresarios vinculados, y las sedes de los bancos y otras instituciones financieras y empresariales permanentemente abofetearon con su derroche de lujos subdesarrollados a un pueblo cada vez más empobrecido. De hecho, esa ostentación tropical de cajonería de cristal negro o colores, de arquitectura tan mediana, lo financiamos los ahorristas con los altos intereses pagados y los bajos intereses cobrados. Ahora serán los grandes centros comerciales, expresión de la tercerización de la economía y de la globalización a través del sistema de franquicias, las grandes obras de la arquitectura venezolana... Los pobres siguen al margen.

En todo este lapso ha habido excepcionalmente obras arquitectónicas trascendentes, pero lo difícil ha sido encontrar alguna obra importante que refleje alta calidad y al mismo tiempo respeto a la condición de nación pobre y tropical –en acelerado proceso de subdesarrollo– que es Venezuela desde principios de los años ochenta. La banalidad ha logrado puesto de honor en nuestra arquitectura, que no ha logrado conjugar calidad con economía.

Al hablar de pobreza y de la Facultad no podría dejar de mencionar el tesonero y profundo trabajo de investigación Teolinda Bolívar, sus colaboradores y toda la gente que ella ha movilizado para que se reconozca a los barrios pobres del mundo como una forma de hábitat que no puede ser ignorada y dejada a la "buena de Dios". En ese campo Teolinda es, entre los investigadores e investigadoras venezolanas, la de mayor reconocimiento e impacto internacional.

En 1990 entró en vigencia la Ley de Política Habitacional, que creó al Consejo Nacional de la Vivienda (Conavi). Es conocida mi opinión al respecto, también he escrito y hablado suficientemente sobre ella. Sólo voy a ratificar lo que he dicho: que las políticas públicas no se fijan a través de leyes, que la Ley es un instrumento ineficiente y que favorece sólo a unos pocos promotores mercantiles inmobiliarios. Que la Ley es violada reiteradamente por el Poder Nacional que no podía cumplir con la absurda disposición de destinar a la vivienda el 5% del Presupuesto. Que los presidentes de Conavi han sido figuras sin poder real, permanentemente ignorados o en guerra con los ministros de turno. Que desde la promulgación de la Ley y sus sucesivas modificaciones en lugar de construir más viviendas se construyen menos. Ahora parece que va a ser sustituida por un nuevo mamotreto jurídico.

Pero, paradójicamente, con la inversión totalmente paralizada, los banqueros están haciendo los más grandes negocios de la historia bancaria venezolana, pagando intereses de menos del 10% y cobrando el doble o triple por los papeles que el gobierno revolucionario les coloca para cubrir un inmenso gasto corriente deficitario ineficiente. Para completar ese círculo perverso se estableció el control de cambios, no para evitar que los «oligarcas» compraran dólares sino para que los bolívares tuvieran que quedar en los bancos, para que los banqueros pudieran comprar papeles del gobierno y hacer el

gran negocio, sin tener que ocuparse de la intermediación financiera donde el riesgo es mayor en una economía en bancarota. Por supuesto que si la banca no otorga créditos y el ambiente económico, social y político es de incertidumbre, el sector construcción tiende a la parálisis. Con tan mal desempeño económico en el país no puede existir un boyante sector construcción. Por ello la situación del sector vivienda ha empeorado a todas luces. No hay plan, no hay programas, cada Institución –incluyendo la militar que ahora también construye «viviendas dignas»– hace lo que le viene en gana, aún recibiendo órdenes mediante bandos militares dictados por el Presidente. Desde los años treinta del siglo pasado nunca el sector había estado en peor situación.

Sorprendentemente, el Programa de Habilitación de Barrios, el único programa con sólidas bases de investigación, de política habitacional, de participación efectiva, promovido e impulsado con decisión por Josefina Baldó y Federico Villanueva desde el Conavi, fue clausurado sin ninguna reflexión conocida y aparentemente sin intentar corregir las fallas que pudiera haber tenido. Este programa tuvo su origen y primeras verificaciones en el Taller Vivienda de la Escuela de Arquitectura de la UCV (1986-1989), valiosa experiencia imposible de mantener en el tiempo por sus costos en horas-profesor. La cúpula burocrática militar del gobierno no logró entender la enorme importancia política que tenía el programa de habilitación de barrios. Como tampoco supo aprovechar la enorme oportunidad que, dolorosamente, ofreció la tragedia de estado Vargas de diciembre de 1999 para llevar a cabo la gran tarea, la magna obra de la reconstrucción del territorio de un cuarto de millón de habitantes sobre principios de desarrollo urbano sostenible, lo que hubiera podido recibir la admiración del mundo y no la muestra de ineptitud que tenemos a la vista.

Por otra parte, se ha terminado de liquidar el aparato productivo nacional de la industria de la construcción. Todas las obras importantes que se realizan en el país están a cargo de empresas extranjeras, con dudosos mecanismos de control e inspección, pues nadie ha oído de licitaciones públicas u otras formas transparentes de contratación o de inspección. Si las hubo fueron un secreto muy bien guardado, y ni siquiera se ha publicitado lo que se está haciendo a la sombra del silencio y endeudamiento: la Línea 4 del Metro de Caracas, los Metros de Los Teques y Valencia, el sistema de Trolebús de Mérida, los ferrocarriles del Tuy y de Puerto Cabello, el Puente sobre el Orinoco, la represa de Caruachi...

Pero, pensándolo de nuevo, quizás haya sido mejor entregar esas obras al capital y la ingeniería extranjera, pues la construcción de la autopista de Oriente ha demostrado, desde hace veinte años o más, la total incapacidad de los gobiernos y de las empresas venezolanas para cualquier empeño complejo importante, como no sean los de malversación y corrupción. Y la deprimente calidad de viviendas, escuelas, ambulatorios, obras de vialidad, etc., construidas por el sector público desde los ochenta, refleja la falta de ética profesional de ingenieros, arquitectos y ahora militares que han sido funcionarios, proyectistas, calculistas, contratistas, inspectores, asesores y supervisores de tales obras. Desde hace años el silencio del Colegio de Ingenieros de Venezuela ha sido cómplice y alcahueta, para decir lo menos.

El lunes 20 de octubre pasado se cumplieron los cincuenta años...  
ACS/nov. 2003.